

El nuevo choque de civilizaciones*

Ida Dominijanni

Al alba del noveno día de guerra, la actuación de las tropas rusas en la central nuclear de Zaporíyia expresa mejor que cualquier otra cosa qué está en juego en esta partida global, biopolítica más que geopolítica, que se está dirimiendo en Ucrania. Y lo peor aún está por llegar –anunció Macron justo después de que Putin se reafirmara en su voluntad de no detener su ataque hasta ocupar todo el país–. Las regiones rusas del este y del sur, con sus accesos al mar, ya están en manos de los rusos. En Mariúpol, medio millón de habitantes están atrapados sin agua ni comida; al noroeste, Leópolis se llena de ciudadanos que huyen, sobre todo mujeres y niños, porque los hombres se quedan para resistir en una batalla ya perdida. La débil negociación en Brest consiguió la apertura de corredores humanitarios para favorecer el éxodo de civiles, mientras que la columna de 60 kilómetros de tanques rusos sigue su lento pero inexorable avance sobre Kiev a lo largo del río Dniéper, cuyo curso, en el futuro, podría dividir Ucrania entre un este ruso y un oeste occidental, como ocurriera antes en Alemania; siempre reaparecen los mismos temas en la historia, como si de un inconsciente reprimido se tratara. Quizás por eso todos definen la guerra de Ucrania como «la primera guerra en el corazón de Europa después de más de setenta años», olvidando clamorosamente la guerra europea de los años noventa, la de la antigua Yugoslavia, que anticipó y prefiguró todas las guerras sucesivas étnico-nacionalistas dispersas por todo el mundo. ¿Acaso Yugoslavia no era el corazón sino la periferia de Europa? ¿O no será que, en el imaginario europeo, el corazón de Europa queda siempre allí, en la frontera entre el antiguo imperio soviético y el Occidente democrático? Allí, donde según los mismos que en 1989 decretaron «el fin de la historia» hoy la historia se retomaría a lo grande, como si no hubiera habido nada entre medio. Allí, donde se reunieron todos los fantasmas que hasta entonces vagaban por el este y el oeste, ahora impulsan este terrible ajuste de cuentas de treinta años que empezaron mal y acaban peor, y que representa la apuesta real y simbólica de la tragedia que se está consumando.

* Artículo publicado originalmente en italiano bajo el título «Il nuovo scontro di civiltà», el 4 de marzo de 2022 en CRS, <https://centroriformastato.it/il-nuovo-scontro-di-civiltà/>.

Los dos discursos del 21 y del 24 de febrero, en los que Putin anunció inicialmente el reconocimiento oficial de las repúblicas separatistas del Dombás, suscitaron indignación y escándalo, como también su «operación militar especial» –como la llamó él– en Ucrania. Todavía aconsejo su lectura integral (al texto se accede fácilmente en la red), dado que sigue siendo legítimo tratar de entender por qué sucede lo que sucede sin que eso se considere connivencia con el enemigo. Dichos discursos son desconsiderados por la mayoría, que los trata como una letanía del resentimiento, como el delirio paranoico por síndrome de cerco de un solo hombre al mando y cansado por la fobia ante la COVID. En ellos se entrelazan algunos datos incontrovertibles sobre la extensión al este de la OTAN, sobre las guerras de agresión conducidas por Occidente a partir de los años noventa (Kosovo, Irak, Siria, Libia) y, en general, sobre el «estado de euforia resultante de una superioridad absoluta, una especie de absolutismo de carácter moderno, sumado, en el fondo, a un bajo nivel de cultura general» que se apoderó del bando de los vencedores de la Guerra Fría. Todavía, más allá de este mérito y de la reconstrucción de las causas a largo plazo relativas al renacimiento de los nacionalismos, en el este, tras el fin de la URSS, lo que llama la atención en las palabras de Putin es la reivindicación de la dimensión histórica como trasfondo ineludible del discurso político. Precisamente es ese el escenario que falta en el discurso político occidental, que se supone debería de ser el más dotado de profundidad histórica. Y es que, al revés, este discurso responde a la agresión de Putin utilizando –en admirable síntesis de cincuenta años de ideología liberal– solo el lenguaje de la economía y de la seguridad: sanciones y rearme. Se olvida –incluso teorizado, como en el discurso a las cámaras de Mario Draghi– el pasado que ha construido, ladrillo a ladrillo, el presente.

Está claro: el fondo y el uso de la historia no justifican de alguna manera la acción de Putin. La invasión de un Estado soberano y fronterizo viola las bases del derecho internacional. Resucita, con la excusa de la historia, todos los monstruos del pasado europeo, configurándose, además, según los propios argumentos que usó en su momento Putin, como una especie de *preemptive war*, una guerra preventiva contra el peligro eventual de una agresión a Rusia por parte de la OTAN (los enemigos absolutos son casi siempre gemelos, en secreto, y Putin aprendió seguramente algo de George W. Bush). Ninguna motivación de largo recorrido histórico exime de un gramo de responsabilidad a la decisión del presidente ruso que ha llevado el mundo al borde del abismo. Pero parece muy improbable que las democracias occidentales puedan evitar caer en el abismo sin abrir, en su interior, tres líneas de reflexión autocríticas sobre un pasado próximo que, al contrario, intentan solo suprimir o reconfirmar.

La primera línea se refiere a la terrible secuencia de guerras con las que Occidente ha salpicado la época de paz anunciada al fin de la Guerra Fría y que corren el riesgo de constituir los precedentes formales –no solo las concausas políticas– del escenario europeo que se está prefigurando. Tendría que resultar

clara la espantosa analogía entre las justificaciones de Putin para apoyar a la minoría rusa en Ucrania y las justificaciones que motivaron la llamada intervención humanitaria de la OTAN en apoyo de la minoría kosovar en Serbia, con el correspondiente bombardeo de Belgrado: pero nada que decir, sobre todo por parte del PD (Partido Democrático de Italia), heredero del partido que fue el principal responsable italiano de aquella guerra, hoy gestionado por una clase dirigente que parece ajena a lo dramático de aquel periodo y totalmente conforme con la narración triunfal de los años posteriores a 1989. Tendría que resonar como una advertencia sobre el estado de las democracias occidentales la que fue la madre de todas las *fake news* y de todas las *post-truth politics*: la clamorosa mentira sobre las presuntas armas de destrucción masiva de Saddam Hussein que justificó la «guerra preventiva» en Irak. Sobre todo, tendría que aportar algo de juicio, este sí preventivo, sobre el escenario europeo surgido de las guerras civiles: regímenes inestables y éxodos bíblicos dejados atrás por toda la secuencia de guerras pos-89, todas caracterizadas por el entrelazamiento letal de reivindicaciones nacional-soberanistas y reivindicaciones étnico-regionales que vemos hoy en Ucrania y que corren el riesgo de presentarse en un teatro europeo más amplio que el ucraniano. Sin embargo, vamos cayendo en la neurótica reiteración de aquella dinámica, prestando un socorro armado y siniestro a la resistencia ucraniana gestionada por *contractors*, contratos y privatizaciones del uso de la fuerza, una película ya experimentada en Irak y Siria y de consecuencias ya conocidas.

La segunda línea de reflexión autocrítica se refiere, de manera entrelazada, al estado de las democracias occidentales y al de la construcción europea. Hoy, todos estamos del lado de los ucranianos, víctimas de una agresión inadmisibile, y en ese lado tenemos que permanecer mientras haya tanques rusos en Ucrania. Pero en la retórica monocorde occidental, Ucrania se ha convertido de repente en la trinchera de la defensa de la democracia *tour court*. Es más, en palabras de Joe Biden en su discurso sobre el estado de la Unión, se ha convertido en la trinchera del conflicto fundamental de nuestro tiempo, es decir, entre la democracia y la autocracia. Ya hace mucho tiempo que las élites democráticas americanas están centradas en la construcción de este *frame* narrativo, contrapuesto a modo especular con el ataque a la democracia liberal occidental que subyace en la concepción de Putin sobre la llamada «democracia soberana». Y si en política interior estadounidense este *frame* sirvió para derrotar a Trump, en política exterior se orienta a sustituir el concepto de «choque de civilizaciones» entre Occidente y el islam que fundamentó los veinte años de *war on terror* que sucedieron al 11S. Después de Trump, los estadounidenses no pueden obviar que la frontera entre democracias y autocracias ha pasado a ser muy frágil, y que los autócratas crecen en las propias democracias occidentales, no solo fuera de ellas. Y a nosotros, los europeos, no se nos oculta que las tentaciones autocráticas y soberano-populistas crecieron, sobre todo, en los países exsoviéticos del este, pero no solo en ellos, al igual que los procesos de crisis y desdemocratización de los países del oeste, y

a menudo como reacción a la decepción relacionada con la ampliación hacia el este de la UE, que se reveló más como una anexión a la religión del mercado que como una integración del mosaico de culturas y tradiciones del viejo continente. También a este lado del océano, el peligro autocrático no llega solo del exterior, y la de la democracia no es una bandera que pueda ser enarbolada sin mancha y sin pecado.

Este nudo conceptual entrelaza los treinta años que están a nuestras espaldas con el presente y el futuro de la Unión Europea y su posición en el tablero de ajedrez global. El relanzamiento del atlantismo por parte de Joe Biden se mostraba muy ambivalente al poco tiempo de su elección: mientras acercaba las dos orillas del Atlántico que Trump había alejado, levantaba un nuevo muro entre Europa y las autocracias orientales, invocando que la UE se situara claramente contra ellas. Ya entonces las voces más informadas impulsaron una Europa atlantista, pero abierta hacia el este y capaz de ejercer como puente entre Estados Unidos, Rusia y China. Cómplice de ello fue Angela Merkel al final de su mandato en la cancillería, como probablemente Draghi en su toma de posesión en Italia, pero luego las cosas han tomado un giro inesperado. Hoy resulta más inquietante el compactado *mainstream* europeo que corea la contraseña estadounidense del nuevo choque de civilizaciones entre Occidente y Oriente, y todo ello bajo el estandarte de la OTAN, con sanciones que golpearán muy duramente a Putin pero que, al mismo tiempo, enterrarán la transición energética europea y promoverán una simple política de fuerza, un rearme protagonizado por Alemania que, al mismo tiempo, clausurará la neutralidad histórica de países como Finlandia.

Si se produce un refuerzo de este tipo, después de la falta de toda opción preventiva que desactivará políticamente la mecha que Putin estaba encendiendo, la Unión Europea acabará pagando el rediseño del orden global que se está jugando en esta guerra entre el imperialismo ruso y el nacionalismo ucraniano. Si el fuego no cesa en Ucrania, y Europa no cambia el rumbo tomando el camino de la desmilitarización, el conflicto se extenderá de manera impredecible y la especie humana vivirá tiempos muy duros. Si las democracias se compactan en torno a la enésima proclamación del estado de emergencia, como ya está ocurriendo en Italia, la credibilidad de la democracia sufrirá un golpe más, uno fatal. Como siempre, y hoy más que nunca, para influir en el tablero geopolítico, el pacifismo debe alimentarse de un amargo conflicto político en nuestra propia casa; en primer lugar, contra la militarización del debate público.

.....
IDA DOMINIJANNI ensayista y periodista. Durante mucho tiempo trabajó en la redacción del diario *Il manifesto*. Ha impartido clases de teoría feminista en varias universidades italianas y extranjeras. Entre sus publicaciones se encuentran: *Il trucco. Sessualità e biopolitica nella fine di Berlusconi* (Ediesse 2014) y *2001. Un archivio. L'11 settembre, la war on terror, la caccia ai virus* (Manifestolibri, 2021).